

Medicina y patriarcado

La violencia contra la mujer se ha institucionalizado y se ha transformado en un hecho cotidiano en todos los ámbitos. Desde la niñez hasta la ancianidad las mujeres están expuestas a la agresión en forma casi permanente, ya sea en forma verbal, física, sexual o psicológica. No es necesario aportar pruebas porque cada mujer tiene una historia que contar al respecto. Dentro del contexto de agresividad y violencia institucionalizada, los servicios médicos se inscriben en el lugar más proclive al maltrato, por las circunstancias de vulnerabilidad en que se encuentra la mujer que requiere de esos servicios.

Por su constitución biológica, las mujeres en su edad fértil solicitan con más frecuencia el servicio médico, ya que los embarazos, partos y puerperios requieren la atención de las enfermedades, aunque no se reconozca oficialmente que esas situaciones son patológicas. Se dice que son naturales y a las parturientas se las denomina pacientes, lo que constituye una contradicción la problemática de la agresión a la mujer en los servicios médicos, y en esas circunstancias debe analizarse desde lo ideológico más que desde lo profesional. Lo profesional es puesto al servicio de lo ideológico porque se usan los progresos de la medicina para comodidad del profesional, causando sufrimiento a la paciente. Esta terrible realidad que puede constatarse diariamente supone el deber de tomar conciencia de que el sistema médico obra como la policía secreta de cualquier sistema político dictatorial. Causa tortura y muerte con total impunidad. ¿Quién puede discutirle a un médico que la inducción al parto, o la cesárea que realizó fue para acelerar un trabajo de parto que él no tenía tiempo ni ganas de acompañar a la naturaleza hasta que ella, la misma naturaleza, determinara el momento de nacer? Las condiciones económicas de la mujer tiene una gran importancia, porque de ello depende el mayor o menor maltrato que reciba. Nunca, en ningún caso, se verá libre de ser maltratada.

Algunas profesionales médicas y parteras han comenzado a reaccionar preocupándose por el creciente deterioro de la relación médico-mujer agravada por la situación económica de los médicos que atienden un mayor número de pacientes del que pueden atender con corrección. Eso ha convertido a los servicios de salud en una infernal maquinaria burocrática despersonalizada y despersonalizante. En la medida que se van abriendo nuevos espacios de denuncia, las mujeres empiezan a aportar sus testimonios sobre la violencia ostensible o sutil que ejercen sobre ellas la clase médica.

La mujer que ingresa a un establecimiento médico para un parto es la más indefensa de las criaturas. Su conocimiento de la propia fisiología es precario o nulo e ignora todo lo concerniente a la atención de su estado. Ha debido soportar interminables horas de espera cuando debió atenderse en los meses anteriores. Un médico demasiado apurado le extendió una receta sin tomarse el tiempo de escucharla, ni de explicarle el significado del fármaco recetado. La falta absoluta de información a la paciente es parte del hermetismo que cultiva el personal médico y que obra como valla que separa el poder de la casta médica y los pacientes. El respeto por la paciente, el es-

cuchar con atención, el informar y dejar inquietudes no entra dentro del encuadre clínico. Esta actitud de los médicos se contagia al resto del personal de enfermería y parteras.

En las salas de internadas y en la de partos, cuando se acerca el momento culminante del nacimiento, se trata de minimizar los dolores con "bueno, no es para tanto", "a portarse bien" como si la mujer fuera una niña caprichosa o una retardada mental. Mientras se echa mano de unos forceps que se manejan torpemente o se espera durante horas a un anestesista para una cesárea por la que no se dan más explicaciones que "va a ser mejor". ¿Mejor para quién? Para el señor médico que tiene muchos otros partos, además de su consultorio particular y además su descanso y sus distracciones. Mejor para la obra social que gana más con una cesárea que con un parto vaginal. Mejor para todos, menos para la mujer que pare, y el niño.

Iatrogenia o yatrogenia es una palabra compuesta por las palabras griegas "iatros" (médico) y "génesis" (origen). Ivan Illich en su libro "Namesis médica, la expropiación de la salud" caracterizó la iatrogenia como la "Nueva epidemia de enfermedades producidas por el doctor o por las prácticas médicas". La inducción indiscriminada al parto, a siete décadas de comenzada, ha sido la razón del aumento de la morbilidad y mortalidad materna y fetal, constituyendo un capítulo tenebroso de la obstetricia. Sin embargo se sigue practicando por razones de tiempo de los médicos.

En 1980 la Organización Mundial de la Salud OMS y la Organización Panamericana de la Salud emitieron un documento sobre Posición Materna y Resultados Perinatales. Este documento condensa el trabajo de investigadores de diversas partes del mundo y contiene comprobaciones concluyentes acerca de la lesividad de la posición obstétrica clásica horizontal durante el trabajo de parto y el parto. Dice el documento que esa posición aparte de ser la más incómoda y dolorosa para la mujer es la menos fisiológica. Por el contrario la posición vertical es la más favorable para la expulsión del feto y psicológicamente ayuda a la interrelación madre - hijo.

En el III Congreso Uruguayo de Sexología en 1986 se dijo: "Nuestra cultura encara la maternidad con ambivalencia: permite que sean socialmente aceptados dos discursos opuestos, la idealización teórica y el destrato (maltrato) práctico. Este destrato se da en un ámbito de desigualdad y de indefensión, pues todo el poder lo tiene la institución médica y la mujer carece de recursos para defenderse. Por eso entendemos que, en estas circunstancias, también estamos frente a una situación de violencia".

Es un hecho que el parto, que debería ser una experiencia natural, realizado en un ambiente de calidez humana, de comprensión y respeto, se ha convertido en un negocio por la creación de necesidades artificiales que exigen cada vez más sofisticados y costosos recursos tecnológicos y quirúrgicos. La revalorización del rol de la partera contribuirá a volver al parto natural, el que sólo requiere tiempo, paz y espacio físico.

María Elena Oddone

